

UNAS PALABRAS QUE NO LLEGARON A PRONUNCIARSE

El escritor y académico don Camilo José Cela presentó el pasado día 2 de marzo su renuncia al cargo de presidente del Ateneo de Madrid, para el que había sido propuesto por el director general de Cultura Popular, don Ricardo de la Cierva.

El Ateneo madrileño ha estado inactivo desde el mes de septiembre de 1972, cuando se ordenó su cierre «provisional» a fin de proceder a las obras de reparación del edificio. Realizadas estas obras, la Dirección General de Cultura Popular ha anunciado la reapertura del Ateneo para el 15 de mayo de este año. Aunque han circulado numerosos rumores en torno al sustituto del cargo que renunció Cela —entre ellos Carmen Llorca y Salvador Dalí—, por el momento se ignora quién será el presidente del Ateneo.

INFORMACIONES publica hoy, con autorización de su autor, el discurso que para el acto de toma de posesión como presidente del Ateneo había escrito el insigne académico Camilo José Cela.

Por Camilo José CELA

DETERMINADOS acontecimientos me señalaron la prudente necesidad de retirar mi candidatura a la presidencia del Ateneo de Madrid. Para el acto de toma de posesión —iqué ingenuidad, la mis!— escribí estas páginas que ahora publico sin más deseo que el de que no se las lleve el vendaval del olvido. La historia desconoce la marcha atrás, bien lo sé, pero tampoco ignora que la historia discurre por cauces que a nadie le son negados: ni a quienes la escriben ni a quienes la padecen, que todos —de un modo u otro— la representamos. Como español, me reservo el derecho de amar a España: altivamente y contra viento y marea.

«Señoras y señores:

Para que nada hubiera de quedármeme en el tintero, y también para no dejarme arrastrar por las palabras y decir más de lo que la discreta prudencia aconsejare, arbitro leer ante ustedes estas dos o tres cuartillas en las que trataré de exponerles, con tanta brevedad y concisión como pueda hacerlo, mis inabdicables puntos de vista y mi diáfano y elemental programa como presidente —siquiera sea in partibus infidelium— del Ateneo de Madrid. Quede claro mi pensamiento de que las declaraciones de principios siempre me parecieron posible arma falaz y confundidora, y que tan sólo las conductas al servicio de una noble causa valen, en mi ánimo, para hacer buenas o malas las actitudes y admisibles o rechazables las consecuencias y los logros. Hace ya muchos años que en castellano se dice que de buenas intenciones está empedrado el reino de los infiernos.

También intentaré explicarles mi postura ante el cúmulo de problemas que se me avecinan y de cuya realidad soy consciente; quiero que todos sepamos, desde ahora mismo a qué carta quedarnos, ya que el juego limpio es la primera norma que propugno.

Cuando hace dos años, exactamente el día 9 de mayo de 1972, pronuncié mi última conferencia en esta ca-

sa, aquella que hube de titular Breve noticia de un curioso epistolario del joven Baroja al joven Martínez Ruiz, aludí —al hilo de la palabra— a esta institución tan zurrada como gloriosa al hablar de «estos techos que fueron liberales e intelectuales y que aspiran a volver a serlo». Interpreté entonces —y sigo interpretando ahora— que la cerrada ovación que resonó entre estas paredes no significaba un premio a mi persona, sino que señalaba la diana de una común añoranza: la libertad, ese concepto que, para Bernard Shaw, significa responsabilidad, y por eso le tienen tanto miedo la mayoría de los hombres. «La libertad, Sancho —aleccionó Don Quijote a su escudero en trance de ejemplaridad—, es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y se debe aventurar la vida.» Napoleón Bonaparte no permitió que Chateaubriand pronunciara su discurso de recepción en la Academia Francesa; poco ha de importarnos ahora puesto que las palabras sobrevolaron y pervivieron por encima de la orden caprichosa: «La libertad —escribió entonces Chateaubriand— es tan naturalmente amiga de las ciencias y de las letras que se refugia entre ellas cuando se la des-tierra de los pueblos.» No es casual que a estos muros que nos acogen les llamemos Ateneo, jamás hay nada casual, aunque pudiera parecerlo.

Debo declararles ha ustedes que la hora de hacer ciertas y verdaderas aquellas intenciones no ha sonado todavía, aunque es posible que se nos muestre ya menos lejana y reacia que entonces. Para intentar hacerlo así es para lo que hoy comparezco ante ustedes. Entre todos, quizá podamos conseguir poner en funcionamiento esta compleja máquina del Ateneo, la institución que desde ahora debe quedar al servicio de los españoles que, con el corazón lastrado de patriotismo, se sientan con fuerza bastante para erigirse en protagonistas de la historia que, irremisiblemente, nos ha de tocar vivir: ora rigiéndola con buen sentido y con esperanza, ora padeciéndola con amargura pero con esperanza también.

El Ateneo de Madrid, en esta su etapa que ahora rompe a andar, ha de ser —al tiempo— ágora y aula: lugar de cita para el diálogo y la discusión, y también hogar de la sabiduría. Sólo entendiéndolo en grácil —y difícil— equilibrio sobre la cuerda de estos ambos conceptos podemos conseguir que el Ateneo, sin dejar de serlo y sin renunciar a su papel rector, pueda servirnos para algo; nadie olvide que el Ateneo no es una plaza de toros ni un zoco del guirigay, pero tampoco puede convertirse en un frío panteón de hombres ilustres ni en un osario de ideas prescritas y fosilizadas. Mesura hasta en el sufrimiento, pedía Séneca; mesura hasta el heroísmo me permito pedirles a todos ustedes.

Desde Madrid afirmo mi vieja convicción de que el meridiano de España no pasa (o no pasa tan sólo) por Madrid. España es país, o puzzle de países, con tantos meridianos como vientos tiene la rosa de los vientos, y ahí, precisamente ahí, reside su riqueza. La cultura española, que es lo que debe preocuparnos, puede y debe expresarse en cualquiera de las cuatro lenguas españolas, y su serena contemplación y su flexible convivencia ha de ser el denominador común de nuestro interés culto. Rechazo, por antipatriótico y cicatero, el supuesto contrario: la suicida actitud que nos ha llevado a los españoles, en más de una triste ocasión, a perseguirnos como alimañas y a ignorarnos los unos a los otros como sordomudos. Y conste que a nadie eximo de culpa. Quisiera sugerir a los castellanos que no deben ser tan humildes como para conformarse con que a su noble lengua se le adjetive de oficial. No, el castellano es algo más: es la lengua común de todos los españoles. Repárese en que es más importante, bastante más importante, y duradero y glorioso, ser la lengua de Cervantes, de Quevedo y de Fray Luis, que ser la lengua del Boletín Oficial del Estado.

Una interpretación demasiado elementalmente egoísta —y simplista— de mi actitud al aceptar esta presidencia nos llevaría al falso supuesto de que nada gano —y mucho puedo perder— haciendo lo que ahora intento. Mi pensamiento es exactamente dispar: gano paz en el espíritu y sólo, en el peor de los casos, puedo perder comodidad en el cuerpo, eso que bien poco me importa si al Ateneo conseguimos hacerlo funcionar algún día como tal Ateneo. Pienso que la empresa bien merece la pena, y no olvido que no se pueden pescar truchas a bragas enjutas.

Declaro paladinamente que no me siento presidente de una junta directiva, sino de una comisión gestora. Tanto mi nombramiento como el de mis colaboradores adolecen de un vicio de origen: yo he sido designado «a dedo» y mis colaboradores fueron designados, también «a dedo», por mí.

No me he planteado todavía —y aún no tengo, por tanto, una idea clara de qué es lo que conviene a los intereses del Ateneo— el tema de si es preferible que los socios, llegado el momento, elijan un presidente y éste designe a sus colaboradores o, por el contrario, que sean los socios quienes voten la lista entera de sus directivos; ambas fórmulas tienen sus pros y sus contras y ambas, paralelamente, son dignas de consideración y estudio. Permitaseme que deje la solución del problema para más adelante, después de haber escuchado opiniones y sopesado criterios.

Son varios, en cualquiera de los dos supuestos, los pasos a dar antes de elegir, por voto directo entre todos los ateneístas, el primer presidente o la primera junta directiva. Supongo que se me llamó a este puesto para liberalizar serenamente el Ateneo; eso es lo que entendía y lo que me animó a embarcarme en esta incierta —y apasionante— travesía.

Aspiro a laborar por constituir el Ateneo como una institución de carácter privado; se nos plantearán, sin duda, una serie de cuestiones legales, políticas y económicas, de no fácil arreglo, pero para ayudarme a intentar resolverlas, sé que cuento con la abnegada colaboración de unos hombres y unas mujeres —mis compañeros de junta— hacia los que quiero expresar aquí mi gratitud. También confío en otro apoyo y de mayor alcance: el de ustedes, los socios, a cuyo mejor mandar quedo desde ahora; para que su voz no caiga en el vacío y también para que sus pretensiones sean siempre escuchadas, figura en la comisión gestora un nombre al frente de un puesto clave: el de representante de la diputación de socios.

Una vez puesto en marcha el Ateneo, yo consideraría cumplido el encargo que se me hizo y prescrita la confianza que en mí se depositó, y di-

mitiría la presidencia de la junta gestora. Este acto deberá producirse en un plazo no mayor al de tres años, bien entendido que sólo podrían acortarlo: la cara del logro de los objetivos previstos —supuesto óptimo e ilusionador, pero no descartable de antemano—, o la cruz de mi muerte física o política o el incumplimiento por el Estado de las garantías de libre acción que se me dieron.

Para entonces sería llegado el momento de convocar elecciones en esta casa. Por considerarlo un deber ante ustedes, anuncio desde ahora que pienso presentar mi candidatura a la presidencia, tras haber dimitido mi cargo antes de abrirse el período electoral, claro es.

Sólo me enfrentaré entonces con dos posibilidades: la de ser elegido o la de ser derrotado. En el primer supuesto, me cabrá la satisfacción de que la mayoría de ustedes aprueba mi gestión. En el segundo, nadie podrá quitarme el gozo de haber hecho posible la libre censura, por vía democrática, de esa misma gestión que, si honesta —y en hacerla así empeño mi palabra—, también pudiera ser, a fuer de humana, errónea.

Quiero decirles también —y para terminar— que mis filias y fobias las he dejado a la puerta de esta casa y que mis simpatías y mis antipatías las he estrangulado, quizá con esa infinita paz que sólo Dios concede a los grandes criminales, antes de sentarme en el sillón en que me siento. Creo que no se puede gobernar, a la escala que fuere —y la mía es bien modesta—, sin antes haberse lavado la memoria de ofensas y favores dados y recibidos. La frialdad es virtud difícil, bien lo sé, pero la calentura no es caldo propicio para el discernimiento. Mientras sea presidente del



Rafael Blanco

Ateneo a nadie consideraré enemigo, ni aun a quienes se esfuercen en demostrarme su enemistad. Quisiera que mis palabras no dejasen el menor resquicio a la duda.

Las puertas del Ateneo están de par en par abiertas para todos menos para los activistas de la ignorancia, aquello que Shakespeare llamó la maldición de Dios. Recuérdese que, para Goethe, nada hay más espantoso que una ignorancia activa. No; con los

ignorantes que presumen de serlo y hacen mote heráldico de su ignorancia, no pacto; creo que ese, y no otro, es mi deber.

Muchas gracias por haberme escuchado.»

Cauilofn & Ceta